

JACOB Y WILHELM GRIMM
BLANCANIEVES

Ilustraciones de
IBAN BARRENETXEA



En 1812 Jacob y Wilhelm Grimm publicaron en la ciudad alemana de Kassel un volumen que reunía los conocidos cuentos populares.

Ahora oímos un rumor que se acerca: «aihó, aihó...». ¿Os suena? Pues sí, son los enanitos de Blancanieves. Con la nueva traducción, de Isabel Hernández, y el impresionante trabajo gráfico de Iban Barrenetxea es la edición perfecta para redescubrir este relato clásico.

Érase una vez en pleno invierno, cuando los copos de nieve caían del cielo como plumas, que una reina estaba sentada cosiendo junto a una ventana con un marco de ébano. Y como estando así cosiendo levantara la vista hacia la nieve, se pinchó con la aguja en el dedo y tres gotas de sangre cayeron en ella. Y como el rojo se veía tan bello sobre la blanca nieve pensó: «Si tuviese una niña tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y tan negra como la madera de este marco...». Al poco tiempo tuvo una hija que era tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y tenía los cabellos tan negros como el ébano, y por eso la llamaron Blancanieves. Y nada más nacer la niña, murió la reina.



Pasado un año el rey tomó otra esposa. Era una mujer hermosa, pero orgullosa y arrogante, y no podía soportar que alguien la superase en belleza. Tenía un espejo mágico y, cuando se situaba frente a él y se miraba, decía:

–Espejito, espejito de la pared,
¿ más hermosa de todo el reino,
quién es?

A lo que el espejo respondía:

–Mi reina y señora,
en el reino vos sois la más hermosa.

Entonces se quedaba satisfecha, pues sabía que el espejo decía la verdad.

Pero Blancanieves fue creciendo y fue haciéndose cada vez más bella, y cuando hubo cumplido siete años era ya

tan linda como la luz del día y más hermosa que la propia reina. En una ocasión en que esta preguntó a su espejo:

–Espejito, espejito de la pared,
¿quién es la más hermosa de todo el reino,
quién es? —el espejo respondió:
–Mi reina y señora,
vos aquí sois la más hermosa,
pero Blancanieves es mil veces
más preciosa que vos.



Entonces la reina se asustó y se puso amarilla y verde de envidia. Desde ese momento, cada vez que veía a Blancanieves el corazón se le revolvía en el cuerpo, tal era el odio que sentía por la muchacha. Y la envidia y la arrogancia fueron creciendo más y más en su corazón, como la mala hierba, hasta que no llegó a tener un minuto de paz, ni de día ni de noche. Así que llamó a un cazador y le dijo:

—Llévate a la niña al bosque, no quiero volver a verla más. La matarás y me traerás como prueba el pulmón y el hígado.

El cazador obedeció y se la llevó, y cuando ya había sacado el cuchillo de monte y se disponía a atravesar el inocente corazón de Blancanieves, esta se echó a llorar diciendo:

—¡Ay, querido cazador, déjame vivir, me adentraré en el bosque y no regresaré jamás!

Y como era tan hermosa, el cazador se compadeció de ella y dijo:

—Entonces echa a correr, pobre criatura.



«Las fieras salvajes pronto te comerán», pensó y, con todo, sintió como si un gran peso se le hubiera quitado de encima al no tener que matarla. Y como justo en ese momento pasara por allí un cachorro de jabalí, le clavó el cuchillo, le sacó el pulmón y el hígado y se los llevó a la reina como prueba. El cocinero tuvo que cocerlos con sal y la

pérfida mujer se los comió creyendo que se había comido el pulmón y el hígado de Blancanieves.

Ahora la pobre niña estaba sola y desamparada en el inmenso bosque, y tenía tanto miedo que miraba las hojas de los árboles y no sabía qué hacer. Entonces empezó a andar, y anduvo sobre las afiladas piedras y por entre los espinos, y las fieras pasaban a su lado sin hacerle nada. Siguió andando todo lo que los pies pudieron sostenerla, hasta que empezó a hacerse de noche; entonces vio una pequeña casita y entró en ella para descansar. En la casita todo era diminuto, pero tan delicado y tan limpio que no había nada que replicar. Había una mesita puesta con un mantel blanco y siete pequeños platos, cada platito con su cucharita, y además siete cuchillitos y tenedorcitos y siete vasitos. Junto a la pared había siete camitas colocadas una al lado de la otra y cubiertas con sábanas blancas como la nieve. Blancanieves, como tenía tanta hambre y tanta sed, comió de cada platito un poco de verdura y de pan, y de cada vasito se bebió un sorbito de vino, pues no quería quitárselo todo a uno. Después, como estaba cansada, se tumbó en una camita, pero ninguna le iba bien: la una era muy larga, la otra demasiado corta, hasta que al final la séptima resultó adecuada, y en ella se quedó, se encomendó a Dios y se durmió.



Cuando ya era completamente de noche llegaron los dueños de la casa: eran los siete enanos que picaban y ex-

cavaban las montañas buscando minerales. Encendieron sus siete lamparitas y, al iluminarse la casita, vieron que alguien había estado allí, pues no todo estaba tan ordenado como lo habían dejado. El primero dijo:

—¿Quién se ha sentado en mi sillita?

El segundo:

—¿Quién ha comido de mi platito?

El tercero:

—¿Quién ha cogido un pedazo de mi panecito?

El cuarto:

—¿Quién ha comido de mi verdurita?

El quinto:

—¿Quién ha pinchado con mi tenedorcito?

El sexto:

—¿Quién ha cortado con mi cuchillito?

El séptimo:

—¿Quién ha bebido de mi vasito?

Entonces el primero miró a su alrededor y vio que su cama estaba un poco aplastada, así que dijo:

—¿Quién se ha echado en mi camita?

Los otros acudieron presurosos y exclamaron:

—También se ha echado alguien en la mía.

Pero el séptimo, al mirar su cama, divisó a Blancanieves, que dormía en ella.

Entonces llamó a los otros, que llegaron corriendo y, gritando de pura admiración, cogieron sus siete lamparitas y alumbraron a Blancanieves.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! —exclamaban—. ¡Qué niña tan hermosa! —y estaban tan contentos que no la despertaron, sino que la dejaron seguir durmiendo en la camita.

Y el séptimo enano durmió con sus compañeros, una hora con cada uno, y así transcurrió la noche.

Al hacerse de día, Blancanieves se despertó y, al ver a los siete enanos, se asustó. Pero fueron muy amables y le preguntaron:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Blancanieves —respondió ella.

—¿Cómo has llegado a nuestra casa? —continuaron preguntando los enanos.

Entonces ella les contó que su madrastra había ordenado que la mataran, pero que el cazador le había regalado la vida y que había estado caminando todo el día hasta que por fin había encontrado su casita. Los enanos dijeron:

—Si quieres cuidar de nuestra casa, cocinar, hacer las camas, lavar, coser y remendar la ropa, y si estás dispuesta a mantenerlo todo en orden y limpio, entonces puedes quedarte con nosotros y no te faltará de nada.

—Sí —dijo Blancanieves—, de todo corazón —y se quedó con ellos.

Y ella siempre mantenía su casa en orden: por la mañana los enanos se iban a las montañas en busca de minerales y oro, por la noche regresaban y entonces su cena tenía que estar preparada. Durante el día, la niña se quedaba sola, por eso los buenos enanitos le advirtieron:

—Cuídate de tu madrastra, pronto sabrá que estás aquí; no dejes entrar a nadie.

Pero la reina, como creía haberse comido el pulmón y el hígado de Blancanieves, no pensaba en otra cosa más que en que era de nuevo la primera y la más hermosa, así que se colocó ante el espejo y dijo:



-Espejito, espejito de la pared,
¿ más hermosa de todo el reino,
quién es?

A lo que el espejo respondió:

-Mi reina y señora,
quí sois vos la más hermosa,
ero en los montes, al otro lado,
lancanieves con los siete enanos

s mil veces que vos más preciosa.



Entonces se asustó porque sabía que el espejo nunca mentía y comprendió que el cazador la había engañado y que Blancanieves aún seguía con vida. Así que empezó de nuevo a pensar y pensar en cómo matarla, pues en tanto ella no fuera la más hermosa del reino, la envidia no le dejaría un solo instante de calma. Y cuando finalmente se le hubo ocurrido algo, se pintó la cara y se vistió como una vieja chamarilera hasta el punto de que era imposible reconocerla. Así vestida atravesó las siete montañas en dirección a la casa de los siete enanos, llamó a la puerta y gritó:

—¡Vendo buena mercancía! ¡Buena mercancía!

Blancanieves se asomó a la ventana y exclamó:

—Buenos días, buena mujer, ¿qué es lo que vendéis?

—Buena mercancía, preciosa mercancía —respondió—, cintas de todos los colores —y sacó una tejida con seda de colores.

«A esta honrada mujer puedo dejarla entrar», pensó Blancanieves, abrió la puerta y se compró la hermosa cinta.

—Niña —dijo la anciana—, ¡qué hermosa eres! Ven, voy a atártela bien.

Blancanieves no temía nada malo, así que se situó ante ella y dejó que le atara al cuello la nueva cinta, pero la vieja la ató tan deprisa y tan fuerte que a Blancanieves se le cortó la respiración y cayó al suelo como muerta.



—Ahora has dejado de ser la más hermosa —dijo, y se marchó de allí a toda prisa.

No había pasado mucho rato, a la hora de la cena, cuando llegaron a casa los siete enanos, pero cómo se asustaron al ver a su querida Blancanieves en el suelo, sin moverse ni agitarse, como si estuviera muerta. La levantaron y, al ver que el nudo estaba muy fuerte, cortaron la cinta en dos: entonces empezó a respirar y fue reanimándose poco a poco. Cuando los enanos oyeron lo que había ocurrido, dijeron:

—La vieja chamarilera no era otra que la impía reina: ten cuidado y no dejes entrar a nadie cuando no estemos contigo.

Pero la mala mujer, nada más llegar a casa, se puso frente al espejo y preguntó:

—Espejito, espejito de la pared,
¿más hermosa de todo el reino,
quién es?



A lo que este respondió como de costumbre:

-Mi reina y señora,
quí sois vos la más hermosa,
ero en los montes, al otro lado,

Blancanieves con los siete enanos
siete mil veces que vos más preciosa.

Al escuchar esto, se asustó tanto que le dio un vuelco el corazón, pues comprendió que Blancanieves había vuelto a la vida.

—Pues ahora —dijo— voy a idear algo que te aniquilará por completo —y con las artes de brujería que conocía preparó un peine envenenado.

Luego se disfrazó y adoptó la forma de otra anciana. Así vestida atravesó las siete montañas en dirección a la casa de los siete enanos, llamó a la puerta y gritó:

—¡Vendo buena mercancía!

Blancanieves se asomó a la ventana y dijo:

—Sigue tu camino, no debo abrirle la puerta a nadie.

—Pero mirar sí que podrás —dijo la anciana y, sacando el peine envenenado, lo sostuvo en alto.

A la niña le gustó tanto que se dejó seducir y abrió la puerta. Una vez acordada la venta, la anciana dijo:

—Ahora voy a peinarlo como es debido.

La pobre Blancanieves no sospechaba nada y dejó hacer a la anciana, pero apenas hubo metido este el peine en sus cabellos, cuando el veneno empezó a actuar y la niña cayó al suelo sin sentido.

—¡Tú, dechado de belleza! —dijo la pérfida mujer—. Ahora sí que estás muerta —y se marchó del lugar.